

IV

De qué manera protege una gran nación á una nación pequeña.—La convención del 17 de Enero de 1884.—La lista civil del rey.—M. Piquet, ministro plenipotenciario.—Lo que cuesta el sostenimiento de las mujeres del harem.—Decididamente voy á ver á Norodom I.

—Vea usted,—me dijo el administrador de asuntos indígenas,—lo que en el lenguaje internacional se ha convenido en llamar protectorado; un pueblo pequeño llama en su auxilio á uno grande para librarse de que se lo coma un vecino peligroso. Llega el gran pueblo, se instala en el pequeño, y en vez de dejar que se lo coma el vecino, se lo come él.

—¿Desde cuándo protegemos ó nos comemos á Cambodge?

—Desde 1863, época en que Norodom pidió al gobernador de Cochinchina, al almirante La

Grandière, que le defendiese contra Siam y Annam, dispuestos á devorar á Cambodge.

Accedió á ello el almirante; pero nuestro concurso era entonces desinteresado. El emperador Napoleon III protegía gratuitamente. Durante algún tiempo también se mostró generosa la república. Las Ordenanzas de 1877, inspiradas al rey por el almirante Duperré y por el alférez de navío Moura, autor del libro que consultaba usted hace un momento, no contienen disposiciones que tiendan á otro fin que al de mejorar la suerte de los cambodgianos: prohibición de vender como esclavos á los prisioneros cogidos en los montes, procedentes de hordas salvajes; abolición de la esclavitud sin derecho á rescate; reglamentación de la justicia, etc. Pero después de todo esto, el nuevo gobernador de Cochinchina, Le Myre de Vilers, impuso al rey una contribución anual de 60.000 piastras, con destino á gastos del protectorado. Norodom trató de pagar, pero no pudo conseguirlo. ¡Hay tan poco orden en su Hacienda y le cuesta tan caro su harem!...

Bajo pretexto de sacarle del apuro, Le Myre de Vilers se ofrece á percibir, en lugar del rey, las contribuciones indirectas, es decir, el opio, los alcoholes, los juegos, etc. Norodom se ve obligado á aceptar, y todo marcha bien durante

un año. Pero en Cochinchina los gobernadores no duran más que lo que duran en Francia los ministros. Thomson sucedió á Le Myre de Vilers, y queriendo hacerse notable y contraer más méritos que sus predecesores, preparó la convención de 17 de Enero de 1884, que es una verdadera toma de posesión de Cambodge por Francia. Según ella, en adelante nos pertenecerá exclusivamente la administración del país; tendremos plenipotenciarios en todas las provincias, percibiremos los impuestos, y el rey no tendrá más que una lista civil. Norodom, herido en su dignidad, negóse á firmar. Rodeóse entonces su palacio, derribáronse las puertas del mismo, y, bajo la amenaza, firmó. Ya conocéis esa historia: hizo mucho ruido en Francia y en el Parlamento. Sin embargo, los cambodgianos no ratificaron la firma real: se sublevaron contra Norodom y contra nosotros. Atacaron los puestos militares que Thomson había establecido por todas partes. Mataron al oficial que mandaba en Sambor. Sitiaron al plenipotenciario de Baphnam. Pudiera haberse sofocado la sublevación; pero nos faltaban tropas, y sobre todo, dinero.

Nuestras vacilaciones nos perdieron, y en Mayo de 1885 los insurrectos penetraron en Phnom-Penh y atacaron al protectorado. Nuestros sol-

dados los rechazaron, pero sólo de Phnom-Penh. Continuó la guerra en todo el reino hasta que el Gobierno tuvo la buena idea de nombrar á M. Piquet plenipotenciario general en Cambodge (1). Muy diplomático, muy enérgico, muy justo, y sobre todo, muy valiente, éste antiguo oficial de Marina comprendió que lo más importante era pacificar el país, y para conseguirlo, solo, sin escolta, le recorrió en todas direcciones, conversó con los insurrectos, ordenó á nuestras tropas que estuvieran tan sólo á la defensiva, y suprimió la mayor parte de las guarniciones.

Habiendo vuelto sano y salvo á Phnom-Penh, creyó deber hacer, por su parte, algunas concesiones al rey: no volvió á hablarle de la famosa lista civil, tan humillante para un autócrata, y le dejó percibir por sí mismo una parte de los impuestos.

—¿La parte mayor?

—No, la más pequeña. En Cambodge se recauda próximamente un millon de piastras, ó

(1) En el mes de Mayo del año 1889, mientras escribía yo este libro, M. Piquet fué nombrado gobernador de la Indo-China en reemplazo de M. Richaud.

sea cuatro millones de francos. Nosotros nos hemos quedado con el opio, los alcoholes y los derechos de exportación, que nos producen dos millones ochocientos mil francos. Es lo que nos cuesta el sostenimiento de las tropas y los gastos del protectorado.

—¿Y qué hace Norodom del millón y doscientos mil francos restantes?

—Lo que quiere. Sin embargo, puedo asegurar á usted que no los ahorra. Desconoce la economía, y una corte como la suya cuesta cara.

—¡Ya lo creo! ¡Alimentar á quinientas mujeres!

—¡Ah, si no fuera más que alimentarlas! La alimentación de cada mujer no le cuesta más que unos treinta francos al mes. Pero los regalos, las alhajas, los perfumes, los trajes...

—¡Se visten con este calor sofocante!

—Muy ligeramente, convengo en ello; basta el *sampot* nacional. Pero... todavía hay un pero... Norodom se arruina con los trajes de sus bailarinas, trajes antiguos, de un lujo inaudito... ¡Ya los verá usted!

—¡Cómo que los verá! ¿Usted cree que el rey va á dar una funcion para mí?

—Pienso, como ya he dicho, que el rey es un artista y que procurará complacer á otro artista.

—Perfectamente. Hace usted que me decida; iré. ¿Cómo se hace el viaje?

—¿En qué día estamos?

—En sábado.

—Esta noche, á las diez, puede usted embarcarse enfrente del hotel en el *Attalo*, paquebot de las Mensajerías fluviales. Le llevará á usted directamente á la capital de Cambodge, á Phnom-Penh, á donde llegará usted el lunes á las ocho de la mañana. Puede usted también ahorrarse una noche de viaje, durmiendo hoy en Saigon y tomando mañana el ferrocarril, que le dejará en Mitho, donde se embarcará usted á las once de la mañana...

Yo, en el lugar de usted, me embarcaría esta noche, para admirar, al sol naciente, la entrada en Me-Kong.

—Seguiré su consejo. Gracias.

V

El *Attalo*.—El gran río.—La montaña y la mujer gorda.—La llanura y la mujer flaca.—La boca de las mujeres de la Indo-China.—Argucia de los maridos celosos.—Frialdad de la mujer india, comparada con la europea.—Superioridad del hombre con relación á la mujer.—Costumbres femeninas.—Depravación masculina.—Llegada á Cambodge.

Gracias al director de las Mensajerías fluviales, M. Arand, y al comandante inglés del *Attalo*, me alojo, no en un camarote, sino en una verdadera habitación á popa, en el puente.

Un lecho provisto de su mosquitero, y enfrente otro que me servirá de sofá, un tocador y... dos annamitas para servirme.

El *Attalo* sale á la hora reglamentaria.

Bajamos primero por el río de Saigon y luego entramos en el Suarap, otro río—¡lo que es ríos

no faltan en Cochinchina!—que nos lleva al mar á las cinco de la mañana.

Dejamos el cabo de Santiago á la izquierda, es decir, al Nordeste; seguimos la costa, y al sol naciente, como me habían dicho, entramos en el gran río del Cambodge, el Me-Kong ó uno de sus afluentes, porque se pierde uno entre tantos ríos y arroyos: ¡agua, agua por todas partes... y estamos en la estación seca!... ¿Qué ocurrirá en Setiembre, época de las inundaciones?

Y en todos estos países tan bien regados, en las riberas de todos estos grandes ríos y canales, ¡qué vegetación, qué verdor, qué suavidad de colores! Aquí, inmensos arrozales entre bosques de arecas y bananeros. Más allá, una plantación de cafetales, cuyas blancas flores se parecen al jazmín de España. Luego, en primer término, junto al río, cocoteros enanos y bambús inmensos de suma elegancia, de cuyos troncos mismos brotan verdes hojas; la ortiga de China, que se cría en estado silvestre en los terrenos húmedos y produce á los que saben recolectarlas preciosos tejidos; las palmeras de agua, que sirven para la construcción de chozas, de esas casas primitivas, tan conocidas en toda la Indo-China. En segundo término, plantaciones de morales y de tabaco, y al abrigo del sol, á la

sombra de los bananos, de un ramillete de arecas y de una teca gigantesca, el betel que sigue todo á lo largo la empalizada y trepa por todo lo que encuentra á su paso. El consumo del betel está más extendido en el extremo Oriente que el del tabaco entre nosotros. El hombre, la mujer y hasta el niño masean constantemente su hoja, cubierta de cal viva y mezclada con fragmentos de nueces de area. ¿Qué placer puede producir esa masticación? Los indígenas la encuentran agradable y hasta útil; les procura una salivación abundante que calma la sed, conserva la dentadura y favorece la digestión. Aunque así sea, dejando aparte estas ventajas íntimas y absolutamente personales, ¡qué desagradable es para el europeo ver abrirse esas grandes bocas pintadas de encarnado tras de unos labios deformados por la acción de la cal! Y menos mal si los dientes estuvieran sólo teñidos de encarnado; pero los cambodgianos elegantes y muchas mujeres á la moda, se sirven de un barniz negro, especial, y nos muestran dientes del más puro ébano.

Nuestra repulsión en caso tal es invencible; los indígenas lo saben, y M. Raul Postel, en un interesante volumen que trata de Cochinchina, afirma que los maridos celosos obligan á sus

mujeres á masticar betel y á barnizarse los dientes para preservarlas de las audacias francesas. ¡Qué revolución se armaría en París si los maridos tratasen de emplear tales medios para asegurar la fidelidad de sus mujeres! Y después de todo, no sabemos lo qué ocurriría. Antes de decidir, habría que verlo. Dientes bien colocados, de un buen negro, tras de unos labios sonrosados, que dejasen paso de cuando en cuando á una lengüecita roja y bien afilada, quizá no fueran desagradables; y si una de nuestras más lindas mujeres elegantes quisiera introducir la moda del barniz... Se pintan los ojos, la cara, y hasta ciertas partes del cuerpo, según se dice. ¿Por qué no pintarse los dientes? Cuestión de costumbre y de latitud. A las mujeres de aquí les inspira un profundo desprecio la blancura de nuestros dientes, y los llaman dientes de perro.

He consignado los nombres de los árboles y de las plantas que me nombraban mientras el *Attalo* subía lentamente el río. Los escribía con mano distraída é insegura, porque no quería perder nada del delicioso espectáculo que se desarrollaba ante mí. Sé muy bien que se menosprecian las riberas del Me-Kong, en la parte que baña la Cochinchina, por ser bajas, unifor-

mes, sin ondulaciones del terreno. Nada más cierto. Pero ya se trate de las bellezas de la naturaleza ó de las de la mujer, yo me acomodo á lo que me dan: un monte, una colina, una montaña seducen mi vista, lo mismo que la seduce una mujer en buenas carnes, de hombros redondos, caderas pronunciadas y pecho saliente. Sin embargo, una hermosa llanura ó una mujer que parece delgada, y aunque lo es en realidad, cuando no es exageradamente, tampoco me desagradan. Hace falta algo de eclecticismo en viaje como en amor... Por eso admiraba, por el momento, las llanuras que se extendían ante mí, los ramilletes de árboles que las cortaban ó las cerraban en el horizonte y las plantas que se bañaban en el Me-Kong y venían á reflejarse en él.

De vez en cuando, cada tres ó cuatro horas, una población á la orilla del río.

En primer lugar, *Mitho*, unido á Saigon por otra vía fluvial y un camino de hierro.

El administrador de este hermoso país, M. Nicolai, sabe ya desde por la mañana, que recibió aviso, que voy á pasar por su pequeño reino; viene en persona á buscarme á bordo para llevarme á almorzar á su residencia. ¡Ay! no puedo aceptar. No había previsto tan buena for-

tuna, y he al almorzado en el *Attale*. Gracias, no obstante, estimado señor, y crea que recordaré la atención.

Después de Mitho, á las dos ó las tres de la tarde, Vinh-Long, que debe administrar actualmente un hombre sumamente simpático, M. Bocquet, si es que no ha sido ya destituido por el versátil Gobierno de Cochinchina, donde todos se tienen envidia y se despellejan unos á otros.

A las seis, *Sadec*. Estas estaciones, estas paradas, acortan la jornada y son interesantes. Los annamitas, los malayos, los chinos y los malabares que van á bordo abandonan precipitadamente el buque y dejan sus puestos á otros malabares, á otros chinos y á otros malayos, eternos emigrantes que se encuentran á cada paso desde las Indias hasta el Japon. Se ha dicho, y aun se ha escrito, según creo, que los orientales no viajan. ¡Qué error! Viajan mucho; emigran continuamente á los lugares donde sus industrias ó su comercio pueden prosperar. Solo que es de un país de Oriente á otro país de Oriente á donde se trasladan; Europa y la misma América les inspiran una especie de horror y aversión. El indio, á pesar de su aparente respeto, nos desprecia en secreto. La mujer india

siente hasta aversión hacia el europeo, y prefiere siempre á un hombre de su casta al *gentleman* más apuesto y al más parisiense, al más escogido de los parisienses. Los hombres aficionados á galanteos y que andan siempre en busca de aventuras, de intrigas y de sucesos, deben borrar de su itinerario las provincias del extremo Oriente, desde Aden, Bombay ó Ceylan hasta el Japon... exclusive.

En primer lugar, lo que entre nosotros hemos convenido en llamar bello sexo, es, en el extremo-Oriente, incontestablemente el sexo feo: las mujeres annamitas, malayas, cingalesas é indias, por más que las haya bonitas, no valen ciertamente lo que sus maridos, desde el punto de vista plástico. Como ocurre en la mayor parte de los animales, el macho es, en estos países, indudablemente superior á la hembra. Solamente en China la mujer puede luchar con el hombre, y hasta vencerle; pero la victoria es fácil: á pesar de nuestra afición á lo chinesco, no otorgaremos jamás un premio de belleza á un chino.

El verdadero aficionado hará, pues, mejor en quedarse en su casa que ir tan lejos á buscar tipos de mujeres hermosas: un día bueno, de tres á seis, en el espacio comprendido entre el boulevard de los Italianos y la alameda de las Aca-

cias, encontrará, seguramente, más lindas cabezas, y sobre todo caras más variadas que en diez años en la Indo-China.

¿Es acaso que el Asia no produce muchachas bonitas? Nada de eso. Pero los reyes, los príncipes, los rajahs y los mandarines se apoderan de ellas, las hacen sus esposas, sus concubinas ó sus esclavas y las ocultan mientras son jóvenes y bonitas. Por exceso de prudencia, nunca las sacan, y cuando ellas salen, por casualidad, se encapuchan y se esconden tras de la cortinilla de un palanquin ó de un coche, más por costumbre que por timidez, y sobre todo temiendo que las tomen por mujeres del pueblo ó de mala vida.

Estas se hallan á disposición del que tenga buena suerte, triste buena suerte sin ilusión posible; porque por aquí, excepto en el Japon, no existen entre esta gente las clasificaciones y categorías que en Occidente, y todas las mujeres venales, sea el que quiera su precio, en piastras, en rupias ó en sapecas, no tienen más que una denominación que difiere según el idioma del país, pero que siempre tiene el mismo sentido.

Verdad es que á veces tratan de realizarse haciéndose pasar por bailarinas, como algunas, entre nosotros, por artistas dramáticas; pero si se

las pide que den una muestra de su habilidad, queda uno desencantado. Y, al menos, ¿son bonitas, como parece natural, dado su oficio? Muy pocas. Diría que ninguna, si no temiese agraviarlas. ¿Corrompidas, sin duda? El clima las induce á serlo: las hace indolentes y fáciles; pero en el ejercicio de su culto amoroso permanecen siempre naturales, por ignorancia ó por falta de afición á lo no natural... Se ha calumniado, pues, al extremo Oriente. ¡Ignora muchos de los vicios europeos!...

¡Ah, perdonen ustedes! Hablo de las mujeres, no de los hombres. Estos lo han acaparado todo, lo mismo la hermosura que la depravación, y el que ha viajado mucho por la China, por ciertas partes de la India, por el Tonkin y entre los annamitas, entre estos últimos sobre todo, no puede menos de reirse al oír hablar de la depravación de los franceses. Europa, ténganlo ustedes por seguro, es una buena persona comparada con Asia.

Ruego que se me dispense esta larga digresión. En algo hay que entretenerse en viaje cuando se navega por un río tan poco accidentado como el Me-Kong. Sus aguas siguen bañando á Cochinchina. Pasamos ante Kau-Tau y Tan-Thao, iluminados por grandes hogueras que

encienden los indígenas para preservarse de los insectos, de las serpientes, del chacal y del tigre. Ya son las tres de la mañana cuando llegamos á Vinh-Hua, la primera aldea cambodgiana. Al salir el sol, Banam se dibuja en la ribera derecha del río. Por último, á las ocho anclamos en el inmenso cauce que forman los cuatro brazos del Me-Kong. Una chalupa de vapor, perteneciente á la Compañía, viene á recoger la correspondencia y los pasajeros, y algunos minutos después me encuentro en tierra, en la capital de Cambodge.

VI

Dos malas noticias.—En casa de Felicidad.—El doctor Ham.—Mi petición al rey.—Dificultad de despertarle.—Manera de hacerlo.—Vaga esperanza.—M. Orsini.—El Ayuntamiento (Hotel de Ville) y el error de dos ingleses.—Paseo en la chalupa del protectorado.—La flota del rey.—El faro sin fanal.—En las calles de Phnom-Penh.—Una boncería.—El paraíso cambodgiano y el nuestro.—La decapitación oriental y el cadalso en Francia.—Buena noticia.

Dos malas noticias me esperan á la llegada: el plenipotenciario M. de Champeaux, hombre muy simpático y que seguía tan parisiense como antes á pesar de su larga permanencia en Indo-China, y cuyos buenos oficios pensaba utilizar, acaba de salir para Saigón en un paque-